



NUMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

POR CARTA DE MAS

Quizá esté yo equivocado, y en lo cierto los progresistas que fueron á esperar y despedir en la estación al general Arolas; pero opino que no debieron ir.

No le he hablado nunca con el general, pero me agrada todo lo que de él me dicen, porque revela un carácter que es duro en el mando, que no consiente que nadie lo coarte en sus atribuciones, que es hasta despótico... Todo esto me encanta.

Pero precisamente por encantarme todo esto, y á pesar de que hubiese tenido á mucha honra estrechar su mano, me abstuve de ir. Como él nada ganaba con que lo vieran conmigo, sino que era yo el favorecido si me veían con él, tuve la suficiente fuerza de voluntad para renunciar á esa satisfacción.

No; no quise contribuir á ponerlo en evidencia por darme importancia, ni llamar la atención del gobierno hacia su persona, y menos ahora que estaba indicado para el ascenso. Sé de tantos militares inutilizados por ligerezas y fantochadas de estas, que tiemblo cada vez que un nuevo nombre sale á plaza.

Además, ¿que se adelanta con esto?

¿Es republicano Arolas? Pues lo será por convicción, no porque lo jaleen y lo traigan y lo lleven; y en último término, no será progresista, sino republicano á secas.

¿Está dispuesto, si la patria se lo exigiere un día, á jugarse su carrera y su vida? Pues para hacerlo con mayores probabilidades de éxito, mientras más alto puesto alcance en la milicia, mejor; y mientras menos lo vigilen, mejor.

Comprendo que los progresistas, que á tantos militares han comprometido, y que tan abandonados están hoy por ellos, procuren atraerse al que puedan, y más si vale lo que el general Arolas; pero ¿es manera de atraerlo el pregonarlo y exhibirlo?

Yo no lo entiendo así. Cuando un hombre como él crea que debe hacer algo, lo hará en la forma, tiempo y lugar que le convenga, sin que le obliguen los aplausos ni le detengan las censuras. Pero hasta tanto ¿quién puede suponer sin ofenderle que con unos vivos y un banquete se le halaga?

Además, los que tratan de monopolizar su nombre y su historia á favor del señor Zorrilla, no comprenden que quizá no haya general menos á propósito para entenderse con el emigrado.

Arolas tiene iniciativa, fuerza de voluntad y no tolera que nadie le escatime lo que se le debe. ¿Cómo llegar nunca á un acuerdo con el señor Zorrilla, que se alaba de haberse impuesto á todos los militares que con él han tratado?

Así, más seriedad, más cálculo y más trastienda, apreciables correligionarios... en República.

JOSÉ NAKENS.

EL POSIBILISMO

«Y sobre sus vestiduras echaron suerte.»

Así debía comenzar, y así comienza este artículo.

Pocos hombres han sido censurados por los republicanos de todos matices más que Castelar; yo he sido uno de los que más se han ensañado, y no me arrepiento.

Pero licencia su partido para que cada mochnelo busque su olivo, y resulta que todos pensaban exactamente como Castelar, salvo algún detalle de escasa importancia.

El Sr. Carvajal se cree con derecho, por lo que representa dentro de la política, á recoger los restos del posibilismo.

El Sr. Morayta niega al Sr. Carvajal ese derecho, y lo reclama para sí.

Y cuando están en esto, viene el Sr. Zorrilla y dice que los posibilistas deben sumarse con él, porque en punto á doctrina no se diferencian, y lo relativo á procedimientos es siempre accidental y de circunstancias.

Lo de los señores Carvajal y Morayta no me choca mucho, porque al fin, del posibilismo salió el primero y en él ha continuado el segundo.

¡Pero el Sr. Zorrilla! Venirse á los diecinueve años diciendo que sus doctrinas son iguales á las de Castelar, después de tanto hablar de revolución y de haber causado tantas víctimas, trasciende á engaño que apesta.

No es que me extrañe la declaración, porque desde que abrió el paréntesis, sé á qué atenerme, pero lo hago notar para que apaguen un poco el fuego de su entusiasmo, los que le consideran todavía como una esperanza para la revolución, que no quiere en manera alguna.

Lo que quiere, vengo diciéndolo desde que lo conocí, es un movimiento militar (sin intervención del pueblo), que le permita venir á hacernos felices con sus obispos anticarlistas, sus curas mansos y sumisos, su respeto á los derechos adquiridos (cuando no puede haber revolución si guarda ese respeto); en suma, con todo lo que ya tenemos y que por tenerlo estamos reventados.

Para esto, francamente, hubiera valido más que hubiese permanecido en España ayudando á Castelar en su labor. No hubiera venido, no, la República por ese camino, pero como tampoco ha venido por el otro, cuando menos no tendría el Sr. Zorrilla sobre su conciencia tanta sangre y tanta ruina. Y cuidado que creo que no debe tener esto en cuenta el hombre que, equivocado ó no, persigue una idea de progreso; las revoluciones se amasan fatalmente con sangre; pero me parece á la vez que debe pesar mucho la que se hace derramar sin que los dispuestos á ello sepan por qué la derraman. Y es seguro que ni Cebrian, ni los sargentos fusilados en Santo Domingo, ni Mangado, ni Ferrandiz, ni Vallés, ni ninguno de los que han sufrido la emigración ó el presidio, entendieron al sublevarse que se trataba de defender las doctrinas de Castelar, porque entonces no se hubieran sublevado.

Insistiré sobre esto.

CREEN, PERO CORREN

Se estaba celebrando una misa mayor en la iglesia de San Sebastián. Los tres sacerdotes oficiantes elevaban sus preces al Altísimo por medio del armonioso y severo canto llano; los fieles se hallaban en el más profundo recogimiento.

Al verlos tan abstraídos en su éxtasis religioso, cualquiera creería que permanecían ajenos á cuanto les rodeaba; que sus almas, elevándose en alas de la oración, se habían remontado al cielo, dejando allí por un momento sus respectivos cuerpos, sordos para todo ruido, indiferentes á toda sensación externa.

—¡Oh, poder de la piedad!—exclamaba yo lleno de júbilo.—Aunque dispararan aquí un cañonazo, esos fieles permanecerían firmes en su puesto; aunque sobreviniese un terremoto, la muerte los encon-

traría sumidos en su místico arrobamiento. ¡Tanto puede el fervor religioso! ¿Qué importa morir cuando se exhala el último suspiro bajo la bóveda bendita de una iglesia?

Mas ¡oh desilusión! De repente se oyó un ruido ligero, casi imperceptible, pero que bastó para sembrar el pánico entre los concurrentes al templo. Una hoja de la ventana de la torre se había desprendido sobre las pizarras de la cupula, y esto fué lo suficiente para que se declarasen en el más espantoso desorden y la más precipitada dispersión.

—¡Es un petardo!—gritaban desfavoridas algunas devotas.

—¡Una bomba explosiva!—añadían otras.

—¡Calma, señoras!—exclamaba un sacris valeroso y sereno.—Aquí no hay más petardos que los que nos dan los que encajan moneda falsa en bautizos y bodas.

No obstante estas tranquilizadoras palabras, todo fiel cristiano quería ser el primero en ganar la puerta, y empujaba, atropellaba, derribaba y pisoteaba á sus hermanos en Cristo para salir cuanto antes.

En pocos instantes quedó el templo vacío de fieles, pero lleno de prendas y efectos que abandonaron en su huida: paraguas, devocionarios, mantillas, mantes, fragmentos de faldas. Aquello parecía un bazar en liquidación forzosa.

Alguna fiel debió llegar á su casa casi tan ligera de ropa como el santo titular de la iglesia; más de un caballero salió á la calle sin capa ni reloj, sin duda porque algún rata piadoso se los había afanado aprovechando el barullo. Porque también hay ladrones que van á misa y son muy dados al recogimiento; y otros que en cuanto oyen que tocan á alzar, se alzan con todo lo que pueden.

Estos son los que hacen su negocio, merced á lo asustadizas que se van volviendo las gentes cristianas. Mucho de ofrecer dar la vida y mil vidas que tuvieran por Cristo, pero en cuanto se desquicia una ventana, les falta tiempo para huir por si van mal dadas y resulta un petardo.

Cada vez voy entendiendo menos á esas gentes que creen y confían en Dios, pero corren al menor asomo de peligro.

AL SEÑOR GUTIERREZ

Publiqué en el número anterior un romancejo diciendo que uno á quien había llamado *mostrenco*, me había citado, (no expresé cuándo) á juicio de conciliación; y, ¡quién había de decirme que usted, ilustrado Sr. Gutiérrez, había de darse por aludido! Tan grande fué mi sorpresa, que sufrí una conmoción terrible, tuve que meterme en cama, y por esto me fué imposible acudir al juzgado á que usted se dignó citarme.

Y si viera usted cuánto lo sentí! De haber ido, le hubiera dado toda clase de satisfacciones:—¡Cómo, señor Gutiérrez!—le hubiera dicho.—«¿Cómo ha podido usted creer que yo, que aunque no he tenido el gusto de tratarle, sé de oídas que es usted un joven aprovechado, había de haberle llamado *mostrenco*? No, Sr. Gutiérrez, no; que conste en el acta que yo no he pensado ni remotamente aludir á usted al estampar en el romance ese calificativo y los de *majadero*, *ignorantuelo*, *lontaina*, *pelele* y *simplón*; que conste, y firmaré el acta con mucho gusto.»

Esto le hubiera dicho, y creo que usted no hubiera tenido nada que objetar; pero ya que no ha podi-

EL MOTIN



Que se salven las Compañías extranjeras, aunque perezcan los contribuyentes españoles.

do ser, se lo digo aquí, y me parece que quedará satisfecho lo mismo.

Y ahora, fuera ya del terreno oficial, y dentro del de la confianza (dispénseme usted, señor Gutiérrez, esta intrusión), concédame la gracia de preguntarle:

¿Dónde y cuándo le he llamado á usted *mostrenco*? ¿A que no me presenta usted un escrito mío en que conste? Y no siendo así, ¿por qué se ha dado usted por aludido? ¿Por qué?

¡Ay, señor Gutiérrez! Permitame usted decirle que en esta ocasión ha ido más allá de lo que la razón aconseja á un varón prudente como usted.

Por otra parte, y ruégole que no tome á mala idem la franqueza, señor Gutiérrez, su conducta en la ocasión presente puede dar lugar á que algún mal intencionado diga que son ya muchas pretensiones esas de querer acaparar todos los adjetivos más expresivos y gráficos de la lengua castellana; y que, respetando mucho los misterios de la conciencia, y no entrometiéndose en que cada cual se juzgue todo lo mal que le acomode, le niegue todo derecho á exclamar cada vez que oiga ó lea la palabra *mostrenco*:—¡Esto va por mí! ¡Este soy yo!

Esto pueden decir los mal intencionados, que por desgracia abundan; por lo que á mí toca, me atreveré únicamente á recordar á usted, señor Gutiérrez, que la modestia es una virtud muy recomendable, y que no estaría de más que la añadiese usted á las muchas que debe ya poseer por su cualidad de cristiano y abogado de los *Padres de familia*.

Así, pues, mi respetable señor Gutiérrez, déjese usted de cavilaciones, y no llegue hasta el extremo de suponer que cada vez que se imprimen los adjetivos subrayados ó otros equivalentes, tiene que aludirse forzosamente á usted; porque esto rayaría en vanidad, antítesis de la modestia que antes me he permitido recomendarle.

Dispénseme por última vez, señor Gutiérrez, que le haya distraído de sus múltiples y moralizadoras ocupaciones; y por última vez también, ruégole que no crea que yo le he llamado *mostrenco*, ó que me presente el escrito en que se lo he llamado, para convenirme de que tengo ya tan perturbada esta pobre cabeza mía, que llama *mostrencas* á las gentes sin advertirlo siquiera.

EL VETO ANTI-TAURINO

Por el correo interior me envía cierto señor, capellán al parecer, lo que, apreciable lector, vas en seguida á leer.

«¿Le será lícito á un cura, á pesar de su tonsura y su respetable oficio, protestar con amargura de un acuerdo pontificio?

Jamás he opuesto objeciones contra las disposiciones de la Apostólica Sede, pero en cosas de pitones un cura discutir puede.

Nos dice su Santidad que es una barbaridad que un cura vaya á corridas, donde con temeridad se exponen humanas vidas.

¡Ay! Si el anciano querido, que según me han referido gime en su prisión oscura, se viniese aquí á un tendido á ver lidiar un Miura,

reformaba su opinión sapientísima y serena (menos en esta ocasión), declarando santa y buena la española diversión.

Santa, sí; si es que eso espanta, permítaseme que diga:

una fiesta donde tanta Verónica se prodiga,

¿puede dejar de ser santa? ¿Pues, y cuándo el matador, dando pruebas de valor y del toro en la testuz nos recuerda al Salvador buscando siempre la cruz?

Además, por las anchuras del circo, se ven figuras de hembras que valen por dos, y hacen admirar á Dios en sus propias criaturas.

Pues viendo aquellas morenas, que á un triste quitan las penas, se reclama inconscientemente: ¡Peeo qué cosas más buenas

produce el Omnipotente!

No entró nunca en mi manera de ser, el apostatar, mas si el caso lo exigiera, primero dejo el altar que el abono á la barrera.

Podrá parecer muy feo que, con ardor al toreo se dedique un sacerdote, pero yo cuelgo el manto para agarrar el capote.»

Espero que insertarán esas quintillas adjuntas. Salud y toros de puntas; suyo siempre

UN CAPELLÁN.

JUSTICIA SECA

El ministro de Ultramar ha impuesto 40.000 pesetas de multa á la Compañía Trasatlántica por faltas en el servicio de Correos.

La Compañía, para eludir la multa, se disculpa con una porción de hechos de esos á que el diccionario de la Lengua no llama verdades.

El dueño y no sé si director de la Trasatlántica, es el marqués de Comillas, Presidente de la Asociación de *Padres de familia*, que presume vigilar por la moral.

El mentir y el faltar á los compromisos contraídos creo que afecta á la moral mucho más, pero muchísimo más que el que una infeliz, acaso seducida por un padre de familia, se busque después la vida como pueda.

Pedimos por lo tanto al Sr. Maura, á quien aplaudimos por este acto de energía, que haga efectiva la multa sin contemplaciones de ninguna clase, cobrándosela de la fianza que la Compañía tiene prestada, y si á los ocho días siguientes no la repone, que rescinda el contrato.

Que no ha de venderse hasta la camisa del infeliz industrial ó del pobre labrador para que pague los impuestos, mientras que quedan impunes las faltas cometidas por los que, validos de su dinero ó de su influencia, se atreven á escusarlas, inventando malos temporales y colisiones ocurridas á bordo.

Justicia seca y caiga el que caiga. Y esto si que es verdaderamente velar por la moral.

EL MUERTO AL HOYO

Se hundió un andamio en una casa de la Travesía del Conservatorio; murió un trabajador, quedó inútil otro; se formó proceso, y...

—¡Pobre propietario y desventurados directores de la obra! Con seguridad han ido á presidio ó han pagado una fuerte indemnización á las familias de los obreros.

—Se equivoca usted; el jurado ha dictado veredicto de inculpabilidad.

—¡El jurado! No lo creo. Habrán sido los jueces del antiguo régimen; aquellos que sancionaban, según se decía, todos los desmanes y atropellos del poder público; los que ponían siempre la justicia á los pies de los llamados principios fundamentales de la sociedad: el trono, la religión, el orden, la propiedad, la familia...

—Pues nada de eso; ha sido el jurado.

—¡Ah! Entonces, nada digo. Hemos convenido en que el jurado es inviolable, por ser una conquista de la democracia, y no he de faltar á ese convenio; aparte de que no quiero que me llamen reaccionario. Pueden, pues, en adelante los propietarios y maestros de obras construir los andamios como les dé la gana, porque ya saben que ningún perjuicio ha de sobrevenirles.

¡Ah! expresiones al muerto, y á un asilo con el inútil, si es que el imbécil no se ha muerto de hambre todavía.

UNA ABJURACIÓN

En el palacio episcopal de Segovia ha abjurado de la masonería el Sr. Gómez de Somorrostro, notable teólogo, orador, autor de varias obras, confesor de la reina Isabel II, cronista de la ciudad de Segovia y arcepreste de la catedral durante cuarenta años, y que se hallaba desterrado en Cuéllar. El abjurante salió de la capilla, después de un tremendo sermón del obispo, para despojarse de sus vestiduras, leer el salmo y ser disciplinado por su Ilustrísima.

Me da lástima ese pobre señor, anciano, débil, perseguido, y no extraño que haya querido que lo dejen siquiera morir en paz.

Por lo demás, no es á él á quien han azotado; es á lo que era y representaba personalmente; tenía ta-

lento, y ¿qué mayor delito para la gente que lo ha disciplinado?

Una sola cosa he echado de menos en ese acto. Un juez que exigiese responsabilidad al obispo por haber infringido las leyes que prohíben la flagelación.

LA CARICATURA

Lleno de pena el sensible corazón de Moret ante los perjuicios que la elevación de los cambios produce á las compañías de los ferrocarriles en España, no se da punto de reposo para lograr que el gobierno las proteja á costa del público, tan perjudicado como ellas por el subido precio de los francos.

Y de la opinión enfrente, quiere con alar constante porque salgan adelante, partir al contribuyente.

DISPAROS

Hemos sabido (no por el interesado), que el diputado republicano que surte de papel al Congreso, lo hace en virtud de concurso.

Retiramos las censuras que le dirigimos, porque una cosa es que los republicanos no busquen privilegios dentro de la monarquía, y otra que dentro de la ley procuren vivir del negocio á que cada cual se dedique.

Gran agitación en Navarra por no querer sus habitantes contribuir en la medida que los demás españoles á sostener las cargas del Estado.

Las manifestaciones han sido organizadas en muchos pueblos por curas y carlistas, lo que tanto monta.

Misa al aire libre, y *Guernicaco* arbola antes y después, y quema de los periódicos que no halagan su actitud, amén de llamar *tirana* á España y *extranjeros* á los españoles.

Gran culpa tiene este desdichado gobierno de Sagasta de lo que ocurre, por su falta de tacto y su inoportunidad al suscitar la cuestión; mas no por esto hemos de aplaudir á los que protestan contra España y quieren emanciparse de la infausta sombra de esta nación.

Esta es la consecuencia obligada de ciertas predicaciones regionalistas y de los manejos del clero, adicto á don Carlos, á pesar de que el Sr. Zorrilla afirma lo contrario.

El Ideal ha pedido con tonos enérgicos que se diga, si es cierto, el nombre de un republicano que cobra en el ayuntamiento como barrendero sin prestar servicio, y *El País* lo ha secundado.

Pido lo que ambos colegas, y que el republicano que lo sepa, diga su nombre y el del que lo recomendó, para que la nota de inmoralidad y la vergüenza caigan sobre ellos únicamente.

¡Vaya una noticia! ¡Quo el dinamitero Faure ha sido jesuita!

Los que no lo son, sirven de instrumento á los que lo son. El objeto es provocar una reacción en Europa para dominarla otra vez.

Si cada vez que un dinamitero pusiera una bomba, se trincase un jesuita por cada víctima de las que hiciese, bien pronto quedaría de reemplazo la dinamita.

Creo que merece la pena de hacer un ensayito.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Gritos, alaridos, desmayos, gentes que se atropellan por salir de una iglesia en Bilbao, niños y mujeres heridos... ¿Qué ha sido eso?

—Que se desprendió un trozo de cornisa, y suponiendo que era la explosión de un petardo, se dieron á correr como alma que lleva el diablo.

—Hombro, pues ya que tanto miedo tienen ustedes á que estallen petardos en las iglesias, ¿no podrían pedir á Dios que envíase agua para apagar las mechas como se la piden para los campos? O hay confianza en las oraciones, ó no la hay; y primero es pedir agua contra los petardos que contra la sequía de las tierras.

—Tiene usted razón, porque si estalla uno y me parto, ¿de que me sirve luego que el trigo esté á peseta la fanega? Lo primero, es lo primero.

¡Vaya un paso que han llevado los cuartos del cepillo del Sagrado Corazón de la parroquia de Don Benito!

Ni un céntimo han dejado los ladrones para recuerdo.

El cura está afligidillo por el hurto del copillo. Mo lo explico y con razón; ese ultraje al Corazón le ha dolido en el bolsillo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	Pesetas.	PROVINCIAS	Pesetas
Mes.....	1	Mes.....	1
Trimestre.....	2 50	Tres meses.....	2 50
Semestre.....	5	Seis.....	5
Año.....	10	Año.....	10
		Extranjero y Ultramar..	3 pso.

NUMERO DE "EL MOTIN" 15 CENTIMOS

Número atrasado, 25 céntimos.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.